

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 300.

Alicante 2 de Setiembre de 1876.

Año VII.

## PIO IX.

*Paris Journal* ha publicado hace pocos días un estudio muy notable acerca de Pio IX, debido á la pluma de un inglés protestante, — que bien se conoce al leerlo, — pero que rinde al Soberano Pontífice un homenaje, tanto más precioso cuanto que es más desinteresado. No es la fé quien habla, sino el buen sentido que permite al escritor ver en Pio IX la figura más extraordinaria, más simpática, más majestuosa de estos tiempos, figura única en el mundo y que probablemente no volverá á verse más en él. Dejemos hablar al escritor: nuestros lectores corregirán por sí mismos algunas apreciaciones erróneas ó atrevidas que encontrarán en él, para admirar la conclusion tan justa y tan gloriosa para la Iglesia y el Papado á que ha sido llevado el autor de este estudio.

«Lord Palmerston me envió en 1849 cerca de Pio IX. Las simpatías de la nacion inglesa habian acompañado al Papa á Gaeta: estas simpatías son siempre las mismas para el hombre. Inglaterra no reconoce su prioridad como vicario de Cristo, pero saluda en él la prioridad de las más altas virtudes. Nuestra política ya no es la de 1849; sin embargo, nos-

otros no hemos creado la Italia; nosotros hemos sido los últimos mantenedores del poder austriaco en Venecia. Para no ser arrastrados por la corriente hemos seguido la ola italiana.

El patriotismo inglés degenera con frecuencia en venganza. Hemos silbado á Carlos X en 1830, y en 1859 hemos favorecido á Garibaldi. El ódio del extranjero es además un título de gloria. Nuestros periodistas llaman al noble Fernando, *Bombz*, y á la espada del desgraciado Carlos Alberto, *la Spada vittoriosa*, antes de salir de la vaina, sin duda.

Cuando tuve el honor de aproximarme al jefe espiritual de los católicos, nos hallábamos en el día siguiente al de la primer borrasca. Pio IX habia pasado sin transicion de la apoteosis á las gemonias. El Soberano que el pueblo habia llevado en triunfo desde la puerta del Pueblo al foro de Trajano, cuyos caballos habia cien veces desenganchando, se vió obligado á huir bajo un disfraz vulgar. Jamás he visto figura más serena que la del Papa proscrito: me engaño, he visto otra más, la de este mismo Pontífice, no poseyendo en 1870 de la herencia de Pedro más que las llaves de la fé católica y el Vaticano.

Serenidad dulce y ligeramente burlo-

na; tal es el carácter principal de la fisonomía física y moral de Pio IX.

Me hallaba en Irlanda cuando fué elegido el Cardenal Mastai.

Muchos de mis colegas se encontraban en Roma; convendría oír de su boca el relato de lo que entonces pasó; no fué alegría lo que entonces hubo, fué un delirio. Las señoras romanas y las señoras inglesas protestantes no tenían bastantes flores para cubrir, al pasar, al joven y radiante Pontífice. Entonces el catolicismo y hasta el cristianismo tuvieron hermosos días. Semejante á Cristo al pasearse por las calles de Jerusalem aquel que se decia su vicario, atravesaba todos los días la Ciudad Eterna como el pastor en medio de su rebaño.

La blanca vision apareció en la plaza Navona, en el Coliseo, en los jardines de Augusto. El Papado se sintió rejuvenecido de diez y ocho siglos; Mazzini envejecia.

Ningun historiador sério ha rehusado al Papado la gloria de haber sido el centinela de la libertad italiana. Los papas han sido reyes güelfos. El Papado ha ido todavía más lejos; ha ensayado, ha entrevisto la unidad italiana siglos antes de la casa de Saboya. El Papado ha seguido los destinos de Italia con sus alternativas de éxito feliz y de reveses, sin jactancia y sin desaliento. Y hoy el vencido de la lucha suprema entre la libertad y la revolucion, aún no desespera: Pio IX conserva la misma serenidad.

Así, pues, cuando el cardenal Mastai se sentó en la cátedra de San Pedro, los clamores de los sectarios se perdieron en el seno de un inmenso *hossanna*.

El viento se dirigia hácia la independencia de la pátria italiana.

El heredero de Gregorio VII y de Julio II desplegó velas. Pero ¿dónde estaba el puerto? ¿Qué debía resultar de esta heróica tentativa? Una modificación ó una confederacion de los Estados de la Península? ¿Arrojados los austriacos de Italia estaba ya resuelto el problema? Por muy triste que haya sido el resultado de esta doble campaña en favor de la libertad de los pueblos, Dios hizo salir de esta doble prueba un nuevo título á la justicia de la historia. ¿Quién en Europa habia sido más generoso y más liberal que el Papa?...

Pio IX vencido con las libertades de la pátria por la revolucion cosmopolita entró en Roma, y con él el perdon. Pero si el Pontífice concedió gracia á las personas, no por eso perdonó las doctrinas. El combate por medio del dogma y de la palabra comenzó entonces. ¿Era oportuna la hora para las encíclicas y para los concilios? ¡No soy competente para resolverlo! Solamente esta cuestion se ha presentado despues de Cristo. Diez veces cada siglo. Y despues Pio IX, con su fina sonrisa, podria añadir:— «¡Teneis razon! para hacer leyes, esperad que ya no haya ladrones y asesinos; vais á incomodar á estos hombres un poco susceptibles!»

Nuestros periódicos han acogido frecuentemente con el sarcasmo la palabra del Vaticano. En el fondo, Inglaterra como Rusia saben perfectamente que esta palabra de moral divina, la justicia eterna, es la única que vela en la conciencia de los pueblos y de los reyes por los deberes reciprocos; saben que el día en que ya no se la escuchase, habria el silencio de la muerte social.

La política del reino de Pio IX puede llamarse la política de las almas.

Fiel al juramento prestado, ha defendido palmo á palmo, primero por la diplomacia y despues por medio de las armas, el patrimonio de la Iglesia. Entonces hubo más bien un duelo entre el cardenal Antonelli y M. de Cavour, un duelo entre el Piamonte y los voluntarios de la Europa católica.

Vióse entonces un espectáculo extraordinario: Pio IX, despojado de las dos terceras partes de sus Estados, se declara el protector de los pueblos oprimidos; por dos veces convoca á los obispos del universo al pié de su trono; y cuando todo está terminado, cuando ya nada le queda, suspende el Concilio: pero el vencedor de los vencedores es aún Pio IX; ¿preguntad al príncipe de Bismarck y al cardenal Hohenloe? ¿Los futuros historiadores de Pio IX se harán la pregunta de si el Concilio del Vaticano tenia su razon de sér? ¿De si el Papa debía permanecer en Roma en 1870? En lo que á mi atañe, no contestaré á estas preguntas indiscretas. Séame suficiente, colocándome en el terreno de los católicos, afirmar que sin la infalibilidad el dogma católico se desmorona por completo. Los católicos, como tambien los cristianos, no tienen al servicio de su fé más que un pequeño número de textos evangélicos. Estos textos ¿existen ó no? que los católicos y protestantes los interpretan á su manera, sea: pero ni los unos ni los otros pueden suprimir en ellos ni una coma ni una jota.

Ahora bien, cuando los católicos, que desde hace 18 siglos habian reconocido al Papa como doctor infalible, supieron

que este reconocimiento era un dogma, no se admiraron de ello: el dogma existia en su corazon como en su razon: quedaron consolados. En el dominio de los misterios y de lo sobrenatural, la fé no puede fortificarse mas que por medio de la fé. La definicion de los dogmas es, por consiguiente, para la Iglesia católica una ley de eterna oportunidad.

Mucho más embarazado me encuentro al tratar de justificar la permanencia de Pio IX en Roma. Hé aquí lo que el Papa responde á los que le preguntan: «Cuando Pedro hubo abandonado á Roma huyendo de sus verdugos, encontró en su camino á Jesucristo. «Señor, le dijo, ¿á dónde vais?—Vuelvo á Roma, le dijo Cristo, á hacerme crucificar por segunda vez.» Pedro comprendió, y regresó á Roma.»

Esta admirable leyenda es la idea fija de Pio IX, que ha hecho reproducir en numerosas medallas. No ha querido huir ni de la persecucion, ni de las catacumbas, ni del martirio. ¿Quién podrá ya dudar de la intrepidez de Pio IX? Sin embargo, el político se preguntará si la presencia del Papa en el Vaticano no deberá crear, en un momento dado, graves embarazos á la Iglesia romana. Si la partida de Pio IX en 1870, al producir indecibles emociones en la conciencia de los católicos, no hubiese hecho sentir al equilibrio europeo una de esas sacudidas que destruyen á la sociedad por su base, la guerra contra la Francia, ¿hubiera tenido consecuencias tan desastrosas? ¿Hubiera sido tan larga? En medio del brillo del triunfo, el príncipe canciller del imperio alemán ha debido contar con los católicos; en una explo-

sion muy diferentemente formidable del sentimiento católico, ¿no hubiera encontrado un obstáculo invencible á sus desig- nios?

Evoquemos lealmente nuestros recuer- dos históricos, y supongamos el telégra- ma siguiente: «Pio IX ha abandonado ayer á Roma y á Italia.» El mundo ca- tólico presa de inexplicables angustias, ¿no le hubiera dicho tambien: «Señor, á dónde vais?

Tal es el pasado: ¿cuál será el porve- nir? Prescindiendo de divergencias acerca del modo de entender el *Decálogo*; pres- cindiendo de ciertas nociones acerca de lo *tuyo* y de lo *mío* que no son las mias; prescindiendo, en fin, de la glorificación de la ingratitud; á lo que no puedo adhe- rirme; no tengo dificultad en confesar que los italianos, por la sabiduria de su política, por su prudencia y su modera- cion en la gestion de los negocios han merecido la admiracion del mundo.

En diez y siete años, pasando por cima de todos los obstáculos, sufriendo la ineptia de sus capitanes y de sus fi- nancieros, con la derrota y una bancar- rota inminente al servicio de su patrio- tismo, los italianos han levantado la torre hasta los cielos; pero esta torre tiene la base de arcilla. Han confiscado á Gari- baldi, y casi le han ahogado con laure- les, muy admirados de servir para este uso; pero Mazzini muerto habla todavía á los sectarios. Este año se reunian 20.000 alrededor de su tumba: nosotros lo hemos visto. Han creado la patria ita- liana; han cubierto á Nápoles, Florencia, Turin con los pliegues de la bandera italiana; pero Nápoles, pero Toscana, pero el mismo Piamonte se estremecen

todavía bajo el sudario, y, como Mazzini, la muerta autonomía habla aún de la re- surreccion.

Ciertamente que Italia tiene el dere- cho de cumplir su unidad. ¿Pero Italia tiene conciencia de lo que debe ser esta unidad para su grandeza y prosperidad futura? Esceptuada la Francia, ¿dónde está el pueblo verdaderamente uno?

Dios solo es la unidad. Los pueblos buscan á través de los siglos una unidad que no es de este mando. Dios ha esta- blecido, por decirlo así, una ley de en- grandecimientos. Una vez tocados ciertos limites, dice á la grandeza humana: «¡No llegarás más allá!» A través de las eda- des puede seguirse la ejecucion rigurosa de esta ley.

En lo concerniente á Italia, tiene esta una apariencia de fuerza y de vitalidad, porque los diplomáticos italianos no han llevado su teoría á sus últimas conse- cuencias. Con la Córcega y el Tessino el reino de Italia no hubiese vivido un solo año.

Pio IX sabe todo esto mejor que los italianos; y mientras que todos, autono- mistas, unitarios, mazzinianos, se prepara- ran en la expectativa de un suceso, solo Pio IX tiene confianza en la victoria. Sabe que tal vez no verá esta victoria, pero cree que el Papado asistirá á ella. Conserva esta fé inquebrantable de 200 Papas, sus antepasados. Cristo, segun los católicos, ha prometido á su Iglesia esta filiacion mística: «Yo estaré con vos- otros hasta la consumacion de los siglos.»

¿Quién hay que haya atravesado la Ita- lia durante estos dos últimos años sin haber advertido la situacion que señalo? ¿Quién no ha oido rugir sordamente el

descontento del pueblo romano? ¿Quién no se ha apercibido de que Victor Manuel era considerado en Roma como un extranjero? ¿Quién no ha leído en la frente de la encantadora princesa Margarita la melancolía del destierro? La familia real de Saboya tiene en Roma la nostalgia del Piamonte.

Bien sé que se usa de demasiada severidad con los romanos. Estos infelices romanos, que no comprenden la felicidad que se les ha dado aumentándoles los impuestos y disminuyéndoles los recursos, son perezosos y holgazanes... Muy difícil será probarles su felicidad. La ley del trabajo es divina sin duda. Dios ha colocado al hombre en el paraíso terrestre para que lo cultivase, *ut coleretur*. En esta morada de deleite me parece que debían ser aquellos trabajos de placer muy poco parecidos á los que Garibaldi propone en interés de la *malaria* y de los negocios italianos.

Pio IX es hermoso, alto, majestuoso: á pesar de su mucha edad, su voz es fuerte y cual conviene al que habla al mundo y á la ciudad. Poco importa, bien mirado, que el Papa sea hermoso ó feo. La belleza física es un atractivo, un prestigio mas para conmover las muchedumbres. Las grandes almas se hacen notar aun á través de las imperfecciones físicas. Es raro tambien que la exuberancia de cualidades físicas no se verifique con detrimento de las cualidades morales. Pio IX político hasta cierto punto, Pio IX teólogo, Pio IX el mas ilustre predicador italiano despues de Ventura, es una escepcion.

Hay una escuela muy extendida que pretende que el Cristo era feo, que el

hijo de Dios al tomar la humanidad habia tomado todas las enfermedades. Me declaro incompetente en esta cuestion, como en la de saber si la Virgen tenia ojos negros á la española, ú ojos azules como los de mis compatriotas.

Lo cierto es, que cuando el dicho Pontífice, que hace 30 años está rigiendo la Iglesia haya desaparecido, habrá entonces un vacío doloroso en el mundo. Nadie ha amado más á la humanidad que Pio IX, nadie ha amado más que él á Roma y á Italia. Faltará entonces á la ciudad eterna un no sé qué, que no se volverá á ver en mucho tiempo. Siempre habrá grandes Papas, doctores y confesores: ¿Pero habrá siempre en el rebaño un pastor tan clemente? Los esplendores de la tiara iluminarán al mundo, como tambien los rayos del sol iluminarán la campiña romana.

El reino de Pio IX es el de las obras maestras. Suceda lo que quiera, es el más glorioso de la historia de la Iglesia, porque los Papas futuros no tendrán nada que definir en lo tocante á los textos, que son los fundamentos de la Iglesia católica, y que hablarán al pueblo católico con autoridad siempre consagrada.

Dios, que mide los dias, tal vez le concederá la dicha de ver la tierra prometida. Los más jóvenes, Cavour y Napoleon III, han pasado: imperios más poderosos que la Italia se han desmembrado. ¿Tenemos el derecho de sonreir cuando los católicos verdaderos proclaman la política de Dios? Dispongámonos á oír la voz del cañon. ¡Quién sabe si no vendrán grandes sucesos á desbaratar los proyectos de la política de los hombres!

(*Annales catholiques.*)

## LA ROMERÍA.

### I.

Suspendamos toda otra materia. Llama hoy toda nuestra atención el acto glorioso de fe que va á practicar el pueblo católico español, enviando á Roma una numerosa representación de hijos suyos que sean ante el Pontífice cautivo intérpretes de su fidelidad y constante adhesión. Sólo un corto plazo nos separa del día en que nos encontraremos, con el favor de Dios, á los pies de Pio IX, y oiremos sin necesidad de telégrafo ni de taquígrafo aquellas valerosas palabras, y respiraremos aquel su aliento vigoroso y juvenil que á tantos corazones ha fortalecido, y reposaremos nuestros ojos en aquella mansísima figura, la más digna de representar sobre la tierra la dulcísima del divino Jesús paciente y crucificado. ¡Ah! Tarde, sobrado tarde nos parece el plazo de algunas semanas que de tan suspirado momento nos separa; entretengámoslo, pues, para en algún modo abreviarlo, en la consideración del mismo plausible objeto que lo ha de hacer memorable en los fastos de nuestra vida. Para prepararnos á la romería, para empezar á saborear en cierto modo sus encantos, hablemos de la romería.

La palabra no puede ser ni más católica ni más española. Es verdad que en España únicamente lo católico es lo castizo y genuinamente español, hasta en el idioma. *Romería*, en efecto, se deriva de la palabra *Roma*, y significa, en su sentido etimológico, el viaje que se hacía á dicha ciudad con objeto de cumplir un

voto piadoso. El que lo cumplía se llamaba *romero*, es decir, peregrino de Roma. Práctica devotísima fué, en efecto, desde los primeros siglos de nuestra religión visitar los lugares consagrados con sus recuerdos ó con el sepulcro de sus héroes. Por donde después de la visita á Jerusalén y demás lugares, teatro de la vida y muerte del Salvador, natural era que fuese Roma, asiento del trono pontificio y tumba de San Pedro y San Pablo, la que más especialmente llamase la atención de los peregrinos de todo el mundo y fuese el objetivo de sus piadosas excursiones. Añádase á esto la facilidad de ganar allí abundancia de gracias espirituales á ningún otro lugar vinculadas, el deseo de obtener reliquias de algún Santo de que tan copioso relicario es la ciudad eterna, ó el cumplimiento de algún voto ó promesa hecho á Dios en lance apurado, ó para alcanzar de su bondad algún singularísimo favor mediante la intercesión de los santos Apóstoles, y se tendrá una idea de los móviles principales que hacían arrostrar al antiguo *romero* infinidad de obstáculos y contradicciones para llegar al fin de su piadoso viaje.

¿Cómo pintar lo heroico de aquellos trabajos que el peregrino sobrellevaba gustoso para satisfacer su devoción? Hijo tal vez de acomodada familia, noble ó mercader, sacerdote ó soldado, esposo ó hijo de familia, despediase de los suyos, y disfrazándose en cierto modo con un traje que encubriera á los ojos de los curiosos su verdadera condición, para no dejarle más que la comun y conocida de peregrino, abandonaba su patria y emprendía á pié, cruzando ciudades y desiertos, un camino incierto por la escasez

de noticias geográficas de aquella época, inseguro por la ferocidad de las guerras ó por la crudeza de los elementos, largo por la insuficiencia de los medios de comunicacion. Jornada tras jornada acercábase nuestro viajante al término de sus deseos; largos meses de frio, sol, lluvias y escaso descanso habian desfigurado su rostro y trocádole casi en otro hombre. Llegaba finalmente, confesaba sus pecados, cumplia su penitencia, visitaba sus estaciones, y paso tras paso volvia á su hogar, donde la relacion de sus padecimientos y la descripcion de lugares, costumbres y personas formaba durante todo el resto de su vida la Odisea de la familia. El bordon ó báculo en que se apoyara durante el camino, la esclavina que guardaba sus hombros de la lluvia y el sombrero gacho que defendia su cabeza del sol, eran trofeos monumentales que se guardaban en el archivo de la casa á par de las antiguas armaduras y de los viejos pergaminos.

Tal es el romero de la leyenda y de la tradicion, el que cantan nuestras baladas y narran nuestros romances, el que las nuevas condiciones de los tiempos han hecho poco ménos que imposible, dado que un viaje individual á cualquier punto del globo ha dejado ya de ser obra heroica, y por lo mismo carece del atractivo de las dificultades árdas, que era tal vez lo que le hacia más simpático á las antiguas generaciones. Han cesado, pues, del todo ó poco ménos las romerías particulares; la Providencia empero preperaba á nuestro siglo nuevo espectáculo no ménos edificante en lo que llamaremos las romerías de los pueblos.

Vivimos en medio de este hecho pro-

videncial, y nos hemos ya familiarizado con él, y tal vez esto mismo nos impida darle toda su verdadera importancia. Creemos que la historia, al reseñar un dia este extraño período que hoy atravesamos, le dedicará una de sus páginas más elocuentes. En efecto. Es nuevo y admirable el cuadro que ofrecen estas oleadas de pueblo católico que de todos los puntos del globo, hoy de Francia, mañana de Alemania, un dia de Inglaterra, otro dia del Canadá, ora de Irlanda, ora de Polonia, llegan continuamente hasta el pié de la Silla de un Pontífice oprimido, oyen su voz, entréganle filial limosna, reciben su bendicion y vuelven otra vez á sus lejanas pátrias para decir á sus familias... ¿al fin qué? que han visto al Papa, que le han oido, y que han sido por él bendecidos. Nuevo es y sobre toda ponderacion admirable ese flujo y reflujo de los pueblos católicos en direccion á Roma, como si hubiese allí algo de lo que puede halagar á un hijo de este siglo, como si hubiese allí una exposicion industrial como en Filadelfia, ó como si humanamente considerado Pio IX fuese algo más que un pobre anciano, que no tiene ya ni un soldado más que los de su pacífica guardia, ni un céntimo suyo fuera de los que recibe cada dia de limosna. Nuevo es y de cada dia más extraordinario este lenguaje varonil que allí se oye, este gozo y esperanza que en medio de la persecucion allí resplandece, este mismo estupor con que se ven forzados á contemplar el hecho y aun á respetarlo los propios perseguidores, y el mismo carácter vulgarísimo y familiar que han venido tomando estos singulares viajes. Nunca, en efecto, anduvo tan en

los lábios de todos el nombre de Roma y del Papa, nunca con ellos estuvo tan íntimamente relacionado el universo, nunca fué la vida católica tan romana como hoy, á proporcion misma de los medios mil que han puesto en juego el infierno y sus satélites de la tierra para *desromanizarla*, si se nos permite el neologismo.

Razon por la cual nos parecen gran cosa las romerías presentes en vapor ó ferro-carril, y tal vez de mayor trascendencia general que las antiguas, con tal que se hagan como se debe. Mas esta indicacion exige por si sola articulo aparte.—*F. S. y S.*

(*Revista popular.*)

---

## CRÓNICA RELIGIOSA.

---

La *France Nouvelle* inserta dos despachos de Lourdes, fechados el uno por la mañana y el otro por la tarde.

En el primero se dice que el sábado llegó allí felizmente la peregrinacion de Nuestra Señora de la Salud, con centenares de enfermos que soportaron muy bien las fatigas del viaje. Habla tambien de una curacion milagrosa que se efectuó aquella mañana en la persona de Maria Jaspierre, de Reims, la cual habia llegado con suma dificultad y pasó repentinamente de un estado grave y crónico de enfermedad al más completo de salud, despues de haber salido de la piscina.

El otro despacho refiere la súbita curacion de Victorina Fournier de Lila, que venia largos años padeciendo del pericardio, y habia llegado al último grado. En la mañana del sábado experimentó una gran mejoría al recibir la Sagrada Comunión. Se fué á dar un paseo rezando el rosario, y volvió enteramente buena.

Con este, dice el corresponsal, es el

tercer milagro de estos dias, todos ellos completamente justificados.

Ha habido una gran procesion, que se recogió á las diez de la noche. Los curados milagrosamente asistieron á ella.

---

## CULTOS RELIGIOSOS.

---

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual. En Santa María, á las ocho y media, misa mayor. En la Virgen de Gracia, á las siete y media, misa de renovacion. En las Agustinas, á las siete, misa de comunión, y á las nueve y media, misa solemne con sermon que predicará D. José Baeza, canónigo de la Colegial, y por la tarde, en la novena del Consuelo, el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral de la referida Colegial. El lunes predicará D. Andrés Oliver, canónigo de la misma.

Martes.—En las Agustinas, por la mañana á las siete y cuarto, misa de renovacion, y por la tarde predicará en la novena D. Librado Carrillo, Pbro., sacristan mayor de la Colegial. El miércoles será orador D. José Carratalá, teniente cura de la misma Colegial, y el jueves D. Francisco J. Guimben, vicario de Ntra. Sra. de Gracia.

Viernes.—*La Natividad de Nuestra Señora.*—En la Colegial, á las nueve, misa conventual con sermon que dirá el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral de la misma. En las Agustinas predicará por la tarde en la novena, D. José Juliá, capellan de las mismas. En las demás iglesias los oficios de costumbre.

Sábado.—En la Colegial, á las siete y media, misa de renovacion. En la novena del Consuelo, de las Agustinas, predicará D. Antonio Liofriú, Pbro., sacristan mayor de Sta. María.

---

## ADVERTENCIA.

---

En este número termina la impresion de los discursos pronunciados en el Senado, en defensa de la unidad católica, por los señores Obispos de Orihuela y de Salamanca; y para facilitar su encuadernacion por separado dejamos una hoja en blanco.